

carencia de todo escrúpulo en la elección de los medios para lograr sus propósitos, así como en la tendencia á no cometer las crueldades inútiles que manchan tan tristemente la memoria de varios califas de Damasco posteriores. En resumen, Abderraman era el hombre que parecía creado expresamente para unificar por la fuerza y la habilidad un pueblo dividido y destrozado por partidos. Era un hombre en muchos conceptos vituperable, pero admirable como político y de autoridad como gobernante. Un hombre de esta clase, que además había pasado por la ruda escuela de muchos años de infortunio y de persecucion, y cuyo carácter inflexible desafiaba todos los obstáculos y contrariedades, solo necesitaba tener á su disposición los medios mas indispensables para hacer sentir su superioridad irresistible á personas como Someil, el esclavo de sus pasiones, y como el débil y bonachon Yusuf, los cuales sin quererlo y por efecto de sus mismas cualidades, facilitaron á su contrario estos mismos medios. Yusuf, sin sospechar de lo que se trataba, dió á los astutos libertos omniadas el dinero, sin el cual el pretendiente de ningun modo habria podido dar los primeros pasos; y Someil, con el inicuo sacrificio de los tres prisioneros koreischitas, hizo que se pasaran al partido de Abderraman, además de los yemenitas y de tres jefes de los thakif, partidarios ciegos de la familia omniada desde el tiempo de Hadschadsch, los ka'abitas acaudillados por Hossain y por un hijo del difunto Ibn Schiab, mientras sus contrarios tenian contra sí el disgusto de los demás árabes del Norte. Sin embargo, no se ocultaba por otra parte á los libertos omniadas lo arriesgado de la empresa, y de buena gana habrian aceptado una composicion que hubiese asegurado á su pretendiente una posicion entre las tribus árabes digna de su prosapia con un territorio proporcionado. En cuanto á los yemenitas y ka'abitas no tenian mas objeto que vengar sus agravios en la persona de Someil y en la tribu de los keisitas, sin que les importara la persona del príncipe omniada. En esta situacion eran menester mucho tacto, mucha prudencia y habilidad, y sobre todo mucha suerte, para crearse un ejército con que conquistar un reino, y Abderraman tuvo todo esto.

Yusuf y Someil estaban todavía á orillas del Jarama cuando recibieron la noticia del desembarque de Abderraman y de su alojamiento en el castillo de Torrox. El emir, atormentado por el remordimiento de la ejecucion de los koreischitas, vió en la llegada del pretendiente la mano de Dios y no presintió nada bueno; pero Someil, que no temia á Dios ni al diablo, estuvo por las medidas rápidas y enérgicas y propuso marchar á Torrox y apoderarse de la persona del pretendiente antes que pudiese reunir á su rededor á los descontentos del país. El emir accedió á este plan, como accedia siempre á cuanto le proponia el enérgico Someil; pero ni uno ni otro habian contado con su tropa, la cual fué de opinion muy distinta, porque estaba fatigada de la campaña ruda que acababa de hacer, y la autoridad que antes gozaba Someil habia menguado por su culpa lastimosamente. Así fué que llegado que hubo la noche, las tropas abandonaron á bandadas el campamento y marcharon á sus cantones respectivos, donde se dispersaron. Cuando amaneció, los dos jefes se encontraron rodeados únicamente de sus partidarios mas adictos y de algunos contados guerreros keisitas. Someil, que no renunciaba fácilmente á una empresa decidida y empezada, y mucho menos á la que tenia entre manos, insistió en continuar la marcha, sin que le arredraran la proximidad del invierno, ni los aguaceros ni las crecidas de los torrentes, que dificultaban la marcha y hacian intransitables los caminos. Cuando la fuerza trató de penetrar en las montañas de la provincia de Reiya, hasta

los soldados mas fieles empezaron ante tales obstáculos á mostrarse refractarios, y por último el mismo emir quiso tambien retroceder y sacudiendo la tutela de Someil ordenó la retirada sobre Córdoba. Le habian dicho que Abderraman se daría por contento con una situacion segura y honrosa, y en esta creencia se apresuró apenas hubo llegado á la capital á hacer proposiciones brillantes en el sentido indicado á Abderraman. En una carta que redactó su secretario Khalid Ibn Seid, renegado muy versado en letras, ofreció el emir al príncipe omniada paz y amistad con la mano de su hija y ricas posesiones territoriales. El citado secretario con algunos notables árabes fueron los encargados de llevar la carta á Torrox. Los libertos omniadas, anhelando una composicion honrosa, se mostraron satisfechos y opinaron que Abderraman debia aceptar los ofrecimientos del emir; pero la verdad era que su pretendiente no habia entrado en España para ser yerno del emir y propietario regalado y pacífico. Sin embargo, no sintiendo todavía bajo sus piés terreno firme, porque contrariando á los adictos á su casa podia muy bien suceder que éstos le abandonaran á su suerte y tuviera que volver á su vida errante de tres meses atrás, sin recurso de ninguna clase, consideró prudente acceder á los deseos de sus partidarios y cuando los enviados del emir le entregaron con toda solemnidad la carta de su amo, la pasó Abderraman á Obeidallah diciéndole: «Léelo y contéstalo conforme á mis instrucciones.» Khalid, el autor de la carta, era hombre muy instruido, de mucho talento y que manejaba con arte el árabe, el mas fino y mas difícil de todos los idiomas literarios, pero tambien y por desgracia se envanecía de ello; y siendo la vanidad, segun dice el historiador árabe (1), desde antiguo la perdicion de los hombres en este mundo y en el otro, se sonrió con petulancia al ver que un rudo y anciano guerrero como Obeidallah iba á leer y contestar la carta que él habia compuesto con toda la elegancia retórica que gastan todavía hoy los gobiernos orientales en sus documentos oficiales. Entonces se permitió observar con sorna, dirigiéndose á Obeidallah: «Sudar te hará, querido Abu Otman, el trabajo de componer una contestacion á esta carta.» El viejo guerrero, allegado de la gloriosa familia de los califas omniadas, indignado de verse objeto de la chacota de un miserable renegado español en presencia de todos los guerreros de su raza, no supo dominar su ira y arrojó el documento á la cara de su autor, diciéndole: «¡Miserable! ¿qué he de sudar? ¡No contestaré siquiera!» y dicho esto mandó poner preso al infortunado literato, conforme se hizo. Los demás enviados fueron despedidos con todos los honores y atenciones debidos, pero la negociacion quedó rota y no hubo mas medio que acudir á las armas para llegar á un arreglo.

Valientes y sutiles como eran, aquellos árabes no dejaban de ser los mismos con quienes habia tenido que tratar en su tiempo Moawiya, que tan bien supo utilizar su impremeditacion apasionada. De la misma manera procedió en esta coyuntura el jóven descendiente de su familia, el cual se apresuró á aprovechar la excitacion antes que se calmara y envió durante el resto del invierno mensajeros á todas las tribus amigas yemenitas, ka'abitas y á los thakif para llamarlas á las armas. Este llamamiento produjo tan buen resultado, que á principios de marzo del año 756 pudo ponerse en campaña á la cabeza de un pequeño ejército. Dirigióse por el Mediodía á Sevilla, porque en toda aquella region prevalecian los yemenitas, que acudian á bandadas á engrosar

(1) *Abbar Mahmua*, dada á luz por D. Emilio Lafuente Alcántara (coleccion de obras arábicas que publica la Real Academia de la Historia), Madrid, 1867, págs. 81 del texto y 80 de la traduccion.

sar sus tropas. Tambien acudieron algunos berberiscos, bien que la mayor parte fueron á alistarse en el ejército del emir en Córdoba. La comarca de Sevilla estaba habitada casi exclusivamente por yemenitas, mientras la poblacion de la ciudad se componia de españoles cristianos y renegados, por manera que á mediados de marzo pudo el pretendiente establecerse y hacerse proclamar emir en esta plaza importante. Despues de haber recibido nuevos contingentes de las comarcas inmediatas, púsose en marcha para Córdoba, donde Yusuf y Someil no habian estado ociosos. En efecto, habian reunido un numeroso ejército para ocupar la provincia de Elvira; pero la noticia de que Abderraman marchaba sobre Sevilla les habia hecho volver atrás cuando estuvieron ya en camino. Resultó entonces que mientras Abderraman avanzaba por la orilla izquierda del Guadalquivir en direccion á Córdoba, bajaron las tropas leales del gobierno por la orilla derecha hácia Sevilla, con la ventaja de que en sus filas reinaba la union mas completa, pues que se trataba de combatir á sus enemigos, los yemenitas, mientras en el ejército de Abderraman, si bien mas numeroso, se cruzaban intereses varios que no coincidian siempre. En esta situacion urgia á Abderraman posesionarse de la capital y proclamarse emir antes de que estallaran divisiones en su ejército. Para lograrlo trató de engañar á su contrario con marchas y contramarchas, pero aproximándose paulatinamente á la deseada capital. El enemigo conoció el juego é imitó en la orilla derecha del rio, que por las crecidas primaverales era imposible de cruzar, todos los movimientos que Abderraman hacia en la izquierda. De esta manera llegaron las dos huestes á las inmediaciones de Córdoba, solo que los sublevados en sus marchas y contramarchas tuvieron cada dia mayores dificultades para aprovisionarse, viéndose al fin obligados á mantenerse con raciones escasas de habas. El 13 ó 14 de mayo de 756 empezó á bajar el nivel del rio, y Abderraman, viendo que las tropas de Yusuf se preparaban para pasarlo, envió un mensaje al emir declarándole dispuesto á admitir las proposiciones hechas y añadiendo que las habria admitido antes á no haberlo echado todo á rodar la torpeza de su secretario Khalid. Al mismo tiempo, y para tratar mejor sobre el asunto, pidió que se le permitiese pasar el rio, y se le dieran algunas cabezas de ganado para su tropa, falta de alimento de carne. Fué Yusuf tan incauto que facilitó á su contrario por segunda vez los medios para hacerle la guerra. El mismo Someil se dejó entonces engañar: la verdad era que ni él ni el emir sabian todavía con quién se las habian. Se permitió, pues, al pretendiente pasar el rio y acampar con su gente en la orilla derecha cerca de El Mozara, no léjos de Córdoba (1), donde se le dieron un gran número de bueyes y carneros para restaurar las decaidas fuerzas de sus soldados; mas cuando á la mañana siguiente el bondadoso Yusuf dirigió la vista hácia el campamento de su nuevo amigo, vióle ocupado en poner su ejército en órden de batalla. El buen éxito del ardid de Abderraman habia enardecido á sus soldados, aumentando su confianza, al mismo tiempo que sembraba el disgusto y descontento en las filas del emir. Estas disposiciones opuestas crecieron de punto con las pruebas de valor, de arrojo y de impavidez que dió Abderraman desde el primer instante de la batalla, y que le valieron el respeto y la admiracion de todos. Los keisitas combatieron como siempre con valor, pero la victoria quedó por el pretendiente omniada. Yusuf y Someil perdieron cada uno un hijo en la sangrienta jornada, y á las doce del dia tuvieron

(1) El-Massara (*Almazara*) significa paseo y tambien lugar abierto cerca de la capital.

que huir; Córdoba se entregó sin resistencia al vencedor el 14 ó 15 de mayo de 756 (el 10 de Zul-hiddscha del año 138 de la égrira).

Abderraman, tan pronto como pudo, ya por humanidad, ya por cálculo político, hizo cesar el saqueo y demás excesos de sus aliados yemenitas, despues de haber salvado de la brutalidad de los soldados á las mujeres de Yusuf. Este proceder excitó el descontento de sus árabes, los cuales meditaron ya el modo de desembarazarse del nuevo emir, que se hacia tan molesto con sus rigores de amo; pero por fortuna de Abderraman uno de los jefes yemenitas le avisó del peligro que le amenazaba, y tuvo tiempo Abderraman para rodearse de los allegados de su casa y de otros partidarios de confianza, lo cual bastó, pues que su energía era ya conocida, para que los descontentos abandonaran su propósito. Por la tarde pudo Abderraman rezar en calidad de iman la oracion del viernes en la mezquita principal de la ciudad. De este modo quedó revestido de hecho de la dignidad de emir de Córdoba y de toda España, en cuya calidad reinó 32 años, desde 138 hasta 172 (756 hasta 788), si bien pasó la mayor parte de este tiempo en someter á una infinidad de tribus divididas entre sí y refractarias á todo gobierno ordenado. En efecto, durante su reinado tuvo que sofocar nada menos que trece sublevaciones, tan peligrosas que una de ellas se sostuvo nueve años, sin contar las de menor gravedad, que fueron innumerables. En España como en todos los países mahometanos, en torno del poder central habia una multitud de feudatarios, jefes de tribu ó de grupos, tanto árabes como cristianos, y otros mas ó menos poderosos ó débiles; y eran grandes las rivalidades y discordias entre ellos, las cuales por otra parte facilitaron la existencia de un gobierno monárquico central. Desunida como estaba esta aristocracia indómita, fué desangrándose en luchas parciales contra el gobierno; y la España mahometana ofrecia entonces el mismo espectáculo que la Arabia en tiempo de Mahoma, donde para hacer posibles la formacion y conservacion de un poder y una autoridad centrales fué preciso extirpar, con grave daño del carácter nacional, las cualidades mas nobles é innatas del pueblo árabe: el amor á la libertad y á la independencia, consecuencia del sentimiento de la dignidad personal. Si hoy la humanidad, salvos contados individuos, no puede comprender una libertad individual que se imponga voluntariamente trabas en aras del bien comun, de la cosa pública, menos la comprendian los árabes del siglo VIII. No podia lograrse la sumision sino á la fuerza; obtenerla voluntariamente no era posible; y la sumision forzada, si se logra, es resultado del despotismo, que extingue el sentimiento varonil de la dignidad personal y crea en su lugar las mas de las veces el servilismo abyecto. La oposicion viene á ser entonces el partido de las personas decentes, bien que hay que advertir que en aquellos tiempos si no se unian todas las fuerzas en un haz compacto, no habia que pensar en hacer la situacion del pueblo medianamente tolerable mientras el país fuera víctima de las continuas guerras entre las tribus rivales y enemigas, y mientras peligrara la misma existencia de la España mahometana en vista de los progresos de los cristianos del Norte. Era una utopia irrealizable, probada por la historia del período desde el año 124 (742) hasta 138 (755), la organizacion de la península ibérica en una porcion de repúblicas aristocráticas aliadas permanentemente solo para la defensa de las fronteras del Norte (2).

El desenvolvimiento del Estado en semejantes condicio-

(2) Dozy: *Histoire*, I, pág. 389. Este autor no quiere decir que semejante organizacion hubiese sido posible.

nes estaba trazado por la naturaleza de las circunstancias, por cuya razón lo comprendemos sin esfuerzo. Los emires omniadas no podían quebrantar la resistencia de la aristocracia árabe, que más adelante comenzó á mezclarse con la reacción del espíritu nacional árabe contra los extranjeros intrusos, mas que introduciendo en el país el mayor número posible de miembros de su familia con sus allegados, dependientes y demás partidarios personales, y formando una fuerza armada con soldados berberiscos ó europeos tomados á sueldo á fin de tenerla á su libre disposición. El triunfo de la monarquía produjo el gobierno militar, el cual dirigido por el talento de dos soberanos eminentes y de un ministro de genio, aunque desalmado, adoptó durante un siglo la forma de un absolutismo ilustrado, al cual aquel hermoso país debió la famosa civilización que una vez decaída jamás volvió á su primer apogeo. Cuando murieron estos dos soberanos, que también supieron poner freno con mano fuerte á la tropa, inclinada siempre á la insolencia, apareció el pretorianismo con todos sus horrores; entre las luchas de los jefes ambiciosos de tropa, particularmente de los berberiscos, se desmembró el imperio en una multitud de Estados pequeños que se destrozaron mutuamente y facilitaron con esto á los príncipes cristianos del Norte la reconquista de la mayor parte de la península. El resto ya lo conocemos. La analogía de esta marcha de la historia política de España, prescindiendo de pormenores, con la del Este en tiempo de los abasidas es evidente, y no puede sorprendernos, porque esta es la marcha que irremisiblemente toma la monarquía absoluta siempre que se encuentra en frente de partidos irreconciliables. Si esta marcha se verificó en España mas lenta y benignamente que en Oriente, fué debido á los varones eminentes citados y al carácter del pueblo hispano-árabe, que entretanto se había ido formando de una manera felicísima; á lo cual se agregaba que por un favor especial de Allah no había en el Occidente turcos.

La victoria de El-Mozara no puso fin á la guerra entre Yusuf y Abderraman I Ed-Dáhil, ó sea «el inmigrado», como se le llama para distinguirlo de dos sucesores suyos del mismo nombre. Yusuf había tenido que aceptar la batalla para defender á Córdoba antes de la llegada de las fuerzas que esperaba de Toledo y Zaragoza. Cuando éstas llegaron y se unieron á los restos del ejército derrotado había todavía esperanza de recuperar lo perdido y de todos modos motivo para volver á probar fortuna. Abderraman marchó contra este nuevo ejército del gobierno legítimo, pero que entonces ya era calificado de faccioso. Una columna de este último logró pasar á espaldas de Abderraman y apoderarse de Córdoba, lo cual obligó al nuevo emir á retroceder; y habiendo recobrado la capital, marchó en seguida contra las fuerzas de los aliados concentradas en Elvira. Sucedió entonces una cosa inesperada: no solamente Yusuf, sino el mismo Someil, tan enérgico, se habían convencido de la imposibilidad de resistir mucho tiempo al joven emir, y ofrecieron un arreglo pacífico. Quizás veían que el pueblo, cansado de las continuas guerras intestinas, sentía gran necesidad de reposo, y que en todas las clases sociales la esperanza del establecimiento de un nuevo orden, sólido y permanente, despertaba una alegría que era un mal augurio para las ambiciones personales. De todos modos, ambos caudillos ofrecieron reconocer el gobierno de Abderraman si él en cambio les garantizaba á ellos y á su gente la posesión tranquila de sus propiedades. El omniada, que no estaba empeñado como otros árabes en vengarse de enemigos personales, sino que quería someter á todo un partido político contrario, se mostró pronto á entrar en un arreglo racional, y en el mes de Safar del año 139 (julio de 756) se firmó la paz, y poco

después entró Abderraman en la capital de España montado en su corcel llevando á un lado á Yusuf y al otro á Someil como columnas principales de su reinado.

El rápido y maravilloso éxito no cegó al perspicaz Abderraman, á quien no se ocultaba que había de pasar mucho tiempo antes de que entre los suyos y los jefes árabes se estableciese una conciliación sincera. El nacimiento de un hijo, que recibió el nombre de Hixam, medio año después de su advenimiento al trono de Córdoba, en 139 (757), dió estabilidad á su dinastía; no obstante Abderraman no descuidó los medios de robustecer su poder. Trató de ganar la voluntad del pueblo con una severa administración civil y una recta administración de justicia, y á los oficiales y jefes del ejército con una liberalidad bien calculada; y á fin de aumentar el número de personas de confianza, invitó á establecerse en España á los miembros de su familia que todavía existían ocultos en Oriente. Los autores citan solo diez de estos, bien que eran en realidad muchos más, que respondieron al llamamiento con no poca alegría, ya que se salvaban así de la persecución de los abasidas y recuperaban el puesto de miembros de una dinastía reinante. En el año 140 (757) llegaron á Córdoba con imponente séquito los parientes del emir que recibieron, además de propiedades del Estado, elevados puestos en el ejército y en el gobierno. Al poco tiempo ocupó el primer lugar entre ellos Abd-el-Melik Ibn Omar (1), que por espacio de mas de quince años fué gobernador de Sevilla, en cuya posición se distinguió muchísimo. Era guerrero valiente y de energía inflexible. Su hijo Omayya, en el año 156 (773), en uno de los innumerables combates con los árabes, mandando una vanguardia se arrojó sobre el enemigo llevado de su ardor; pero habiendo huido después ante el mayor número, su padre Abd-el-Melik le mandó cortar la cabeza á la vista de todo el ejército cuando hubo ganado la batalla. Este mismo Abd-el-Melik apenas hubo llegado á España aconsejó con instancia al emir que suprimiera en las mezquitas de España la oración que se rezaba por la salud y reinado del califa abasida Mansur, para demostrar así su completa independencia de todo soberano extranjero. Abderraman titubeó y entonces le dijo su pariente que él se mataría antes que presenciar por mas tiempo la ignominia de que en el país de los omniadas se orase por sus asesinos. Esto hizo efecto en el emir, el cual decretó que en adelante se orase solo por él como iman de los mahometanos españoles. Hombres de la clase de Abd-el-Melik eran indudablemente auxiliares valiosos para el emir, pero su nombramiento para los puestos principales del reino excitó la envidia y el disgusto de los que hasta entonces habían ocupado aquellos puestos y de todos los partidarios del fihrita Yusuf, en especial de los hombres de su misma tribu. A él y á Someil, ambos miembros del consejo de Estado de Abderraman, y por lo mismo personajes de importancia, importunaban los descontentos sin cesar, excitándolos á restaurar las cosas como antes estaban. Someil, que desde el convenio de paz se condujo con toda lealtad, rechazó

(1) Abd-el-Melik-ben-Omar-ben-Merwan-ben-el-Hakam, segun Makkari, sobrino de Abd-el-Azis, es decir, nieto del califa Merwan, bien que este parentesco está sujeto á dudas atendido que el califa Merwan nació en el año 2 (624) y Abd-el-Melik vivía todavía en el año 155 (772). Véase Gayangos: *History of the Mohammedan Dynasties in Spain*, vol. II, Londres, 1843, pág. 419, nota 10; pero segun Ibn Adhari, edición Dozy, II, pág. 57, es mas exacto el año 156 (773). De otro Merwan-ben-el-Hakam que se cita, no tengo noticia. Es probable que se hayan pasado por alto uno ó varios miembros en la genealogía que sirve de base á Makkari. Las anécdotas de Abd-el-Melik que referiremos luego se encuentran en Makkari, II, págs. 40 y siguientes; los historiadores anteriores no citan el nombre, pero sus datos se adaptan muy bien á la relación de Makkari.

estas instigaciones; pero no así Yusuf, que de carácter débil, se dejó seducir después de vacilar un poco, y en el año 141 (758) salió furtivamente de la corte y se dirigió á Mérida, donde tenía un gran partido. Allí reunió un ejército faccioso; pero fué derrotado por el gobernador de Sevilla Abd-el-Melik; y huyendo en dirección de Toledo, fué muerto por algunos hombres de Medina que no querían ver desencadenadas de nuevo las discordias y guerras civiles. La cabeza de Yusuf fué enviada á Abderraman, el cual pensando que con la bondad jamás convertiría á sus enemigos, para acabar con ellos hizo decapitar á uno de los hijos de Yusuf y encerrar al otro en atención á sus pocos años. Hizo también otra cosa peor, y fué mandar matar á Someil, á quien había puesto preso por si estaba en connivencia con Yusuf, cuando su único crimen era no haber comunicado al emir las proposiciones que le habían hecho los descontentos. Esta reserva, sin embargo, era una prueba de su carácter noble y no bastaba para tacharle de traidor en vista de su conducta irreprochable, corroborada por el hecho de haber continuado tranquilamente en su puesto en Córdoba. Su muerte, que imprimió una mancha indeleble sobre el nombre de Abderraman, fué, por lo demás, el justo castigo de las crueldades inútiles que pocos años antes había cometido con personas inocentes. El recelo y la sospecha, que son la maldición del despotismo, se apoderaron del alma de Abderraman desde la sublevación de Yusuf, y se aumentaron, exigiendo continuamente nuevas víctimas, á medida que se sucedían las conspiraciones y sublevaciones, mientras la dureza con que el emir las sofocaba venía á producir mayor descontento. Abderraman, inflexible y enérgico como era, hizo frente á todo; pero su alma se llenó de inconcebible amargura cuando vió que el espíritu hostil y rebelde se apoderaba de las personas que mas cerca de él estaban y hasta de sus mismos parientes, á quienes había sacado de la miseria y librado de la persecución de los abasidas, dándoles puestos de confianza y colmándoles de bienes. Después de una conspiración descubierta en 163 (779-780), en la cual habían tomado parte dos omniadas, su propio sobrino El-Mogira Ibn el Walid organizó en 167 (783-784) una sublevación para destronarle; tanta ingratitude le llegó al alma, y desahogó su dolor en el pecho de un servidor de confianza. Si estas conspiraciones de sus parientes le afligían y le herían en lo mas íntimo de su corazón, no eran menos amenazadoras y peligrosas para él y su reino las grandes sublevaciones que no le daban reposo y que para ser dominadas exigían toda su actividad infatigable, su energía inflexible como su astucia y falacia. Aun así, estuvo dos veces á punto de perderlo todo. Cualquiera otro príncipe habría sido víctima de tantas dificultades; pero salvaron á Abderraman su arrojo personal, la habilidad con que supo introducir la división entre sus enemigos y mas de una vez su falsía y deslealtad. El hecho mas brillante de su vida fué su guerra contra Alá Ibn Mogith, que sublevó á los yemenitas del Oeste en 146 (763) mientras el emir sofocaba una rebelión de los fihritas en Toledo. Este Alá era agente del Mansur, el califa abasida que, después de la sumisión del Norte de Africa por Mohammed Ibn Asch'ath y Aglab, quiso someter de nuevo la España al califato, é impedir la consolidación de una dinastía omniada al lado de sus provincias occidentales.

Alá Ibn-Mogith, como individuo de una tribu de la Arabia meridional, encontró al desembarcar en la provincia de Beja (1) á los yemenitas siempre belicosos, recelosos del

emir desde la victoria alcanzada en común; y poco le costó hacerles echar mano á las armas y marchar bajo el pendón negro de los abasidas á la conquista de Córdoba. Abderraman á la cabeza de las tropas que tuvo á mano salió á su encuentro, pero estas tropas eran insuficientes, porque duraba todavía la guerra con los toledanos, y tuvo que refugiarse en la plaza de Carmona donde los sublevados le sitiaron estrechamente. Abderraman, que no podía esperar auxilio, estuvo en constante peligro de sucumbir ante el número superior de los enemigos; pero al fin tomó la resolución desesperada de abrirse camino por en medio de ellos. Con 700 de sus mejores soldados arrojóse por sorpresa sobre los sitiadores, de los cuales muchos, aburridos del largo sitio, se habían diseminado por las inmediaciones. De los que habían quedado se apoderó un pánico indecible al verse atacados súbitamente con tanta furia; sus filas se desordenaron y Abderraman hizo una verdadera matanza entre ellos y acabó por dispersarlos. Alá pereció en la pelea y su empresa quedó frustrada. Abderraman, segun dicen (2), hizo cortar la cabeza al general muerto y á sus compañeros principales, y embalsamadas cada una, con un papel fijado á la oreja, que decía el nombre y categoría del muerto, y con la bandera negra, el nombramiento de Alá de lugarteniente del califa, y una relación condensada de la batalla, lo remitió todo á un comerciante de Córdoba con órden de llevar esta mercancía metida en un saco á Keirowan, residencia del general en jefe abasida en el Norte de Africa, y dejar el saco sigilosamente de noche en la plaza del mercado. El terrible encargo fué cumplido, y el saco y su contenido fueron enviados á Bagdad. El Mansur, que hasta cierto punto era aficionado á cabezas cortadas y rotuladas, quedó aterrado y exclamó: «¡Loado sea Dios que ha interpuesto un mar entre mi persona y semejante enemigo!»

Abderraman, el valiente omniada, no solamente tuvo que guerrear con el califa mas poderoso, sino también con el soberano mas grande del Occidente. Desde el inicuo asesinato de Abu Sabbach ordenado por Abderraman en el año 149 (766), el emir tuvo contra sí á todos los yemenitas, los cuales no le perdonaron la muerte de uno de sus primeros varones; y desde el año 150 (767) sus repetidas sublevaciones y las de los demás enemigos del emir se complicaron de un modo amenazador con los disturbios que estallaron entre los berberiscos de España. Ya dijimos que los de esta raza habitaban, principalmente desde las primeras victorias de los asturianos, los distritos septentrionales del territorio mahometano, es decir, entre el Tajo y el Guadiana. Las luchas con los cristianos y con sus correligionarios árabes, la gran hambre por que pasó el país y finalmente la tirantez entre ellos y los árabes habían exacerbado de nuevo el descontento antiguo de estas tribus, el cual se manifestó en el citado año en disturbios que al principio fueron de poca importancia, pero que extendiéndose rápidamente, adquirieron el carácter de una sublevación general. Estas circunstancias obligaron al emir ya en el año 153 (770) á conducir en persona un ejército contra los sublevados. El movimiento era temible, tanto mas cuanto que era religioso. La afición especial de los berberiscos á un orden determinado de religiosidad y la agitación de sus tribus en este sentido no son cosa nueva para nosotros, porque la hemos observado ya en otra ocasión en la primera parte, y tendremos todavía ejemplos de ella mas adelante. La miseria, consecuencia de las calamidades de los últimos decenios,

(1) En el Sur de Portugal: en árabe Badscha. En adelante pondré al lado de los nombres propios usuales los mismos segun la ortografía árabe.

(2) No se sabe de seguro, pero el hecho es característico, aunque fuera un cuento, del concepto que el pueblo tenía de su emir. Véase Schack: *Poesie und Kunst der Araber in Spanien und Sicilien*, II, página 80.